los razonamientos del Rey de Bohemia y del Rey Don Sebastián en versos endecasílabos, acaso por parecer más majestuosos que los castellanos y por ende más dignos de las majestades. Así una trama amorosa de los criados en que juega en ambos dramas como prenda de sus dimes y diretes un *liston* o cinta, reducida en *El celoso* a unas pocas gracias, y continuada en *A secreto agravio* con chistes y situaciones que tienen más de lo donoso que de lo urbano.

Hasta aquí el análisis de ambos dramas.

No entiende rectamente la intención de estos apuntes quien entiende que debe rebajarse el mérito del drama de Calderón, por contar con tal antecedente. El lector no necesita que le recuerde que ninguna obra nace aislada, y que todas las producciones literarias de los hombres son como una inmensa familia, de que los críticos y más aún los investigadores son los genealogistas. De drama a drama hay enorme distancia. El de Calderón es de los más cuidados entre los suyos en la versificación y tiene mil primores de elocución y de ideas que nada deben al mercedario ni a otro que no sea el propio Don Pedro. Salvo el desenlace, que fatalmente ha de tener poca eficacia teatral, ya que no cabe en las tablas la visión directa de un incendio, ni de un naufragio, el drama es de los más regulares y concertados y de acción mejor graduada de Calderón, a más de hallarse casi limpio de rasgos culteranos de mal gusto.

Denota acaso mayor espontaneidad y tiene más frescura la producción de Tirso, pero cede a la mayor perfección y más sabia técnica del drama de Calderón.

Si estos pobres apuntes mueven a alguno a refrescar la lectura de ambas obras, yo quedaré satisfecho y él pagado de la lectura, acaso enojosa, de estas desmañadas notas.

## Gracián, crítico literario

No es la *Agudeza y arte de ingenio* preceptiva de alguna escuela, sino estudio y catálogo de primores de ingenio en que indistintamente se mezclan, con ejemplos literarios de toda laya, frases y acciones de personajes célebres constituyendo un amenísimo centón o miscelánea.

Con ser libro de frecuente manejo entre aficionados a letras acaso no se ha explotado bastante, no ya lo referente a doctrinas estéticas, de lo que no he de ocuparme en esta nota, sino lo que toca a sus opiniones sobre escritores y libros.

Aparte de esto aún queda mucho por beneficiar en la *Agudeza:* noticias de interés para su biografía y las de sus parientes y amigos; textos de poesías con variantes, o acaso no incluídas en las colecciones de los respectivos poetas; muestras de su regional entusiasmo

por los escritores aragoneses: y sobre todo la personalidad inconfundible del gran escritor, aquí patente, sus gustos y preferencias, sus amigos y tertulias, su castigadísima y única prosa.

Su eclecticismo crítico que en el discurso de la *variedad de los estilos* (1) justifica todas las escuelas, y el proponer de todos los autores que nombra ejemplos que para él son dechados, hace que sus juicios y calificaciones merezcan más bien el dictado de elogios; más en el matiz de las palabras (todas las suyas son de maravillosa precisión) en la calidad de los ejemplos que entresaca, en lo que de ellos admira, no es difícil rastrear sus predilecciones, sus entusiasmos y sus tibiezas.

De los antiguos prosistas castellanos pone repetidos ejemplos del Infante Don Juan Manuel con elogios siempre tan cumplidos como pertinentes. «El excelentísimo Príncipe Don Juan Manuel en su nunca bien apreciado libro del Conde Lucanor... redujo la filosofía moral a gustosísimos cuentos; bástele para encomio haberle ilustrado con notas y advertencias e impreso modernamente Gonzalo Argote de Molina, varón insigne en noticias, erudición, historia y de profundo juicio (2)». En otro pasaje llama al libro del Infante «erudito, magistral y entretenido» y «digno de la librería Délfi» y al ingenio de su autor «inventivo, prudente y muy sazonado» calificativos que hoy mismo no disuenan, alabanzas que tampoco parecen hoy excesivas.

Sus innegables preferencias conceptistas hacen que hallen gracia a sus ojos las sutilezas, equívocos discreteos, vanalidades y tiquis miquis cortesanos de nuestros antiguos poetas, de los cancioneros, aunque no sin tacharles de *fríos* con fino sentido. Empiedra con ejemplos sacados del Cancionero general, sus discursos *De los conceptos por una propuesta extravagante, y la razón que se da de la paradoja* y *De los conceptos en que se pone algún dicho o hecho disonante y se da la equivalente y sutil razón* (3). Por ellos desfilan los mas alambicados conceptos de las «obras más ingeniosas que limadas» de Lope de Sosa, el Comandador Escrivá «eminente ingenio valenciano» el antiguo y famoso» Cartagena, de Don Carlos de Guevara, de Garci Sánchez de Badajoz, de Diego de Castro, de Soria, de el Almirante de Castilla, del «agudo» Tapia, del «ingenioso» Núñez, del Conde de Ureña, de Don Diego López de Haro, de Don Alonso de Córdova, del Duque de Medina Sidonia, de Diego de San Pedro, de Jorge Manrique en sus más amanerados versos cortesanos. No todos estos nombres tienen hoy para nosotros el mismo valor ni aun preferimos los mejor

(1) Discurso LXI.

(2) La primera edición de la publicación de Argote de Molina es de Sevilla, 1575. La primera edición del tratado de Gracián es de 1642. Acaso y por importar poco no lo he comprobado, interpoló Gracián estos ejemplos en su segunda edición de Huesca mucho más completa 1648, por haber leido el libro del Infante, o refrescado su lectura a la publicación por Diego Díaz de la Carrera, en Madrid 1642, de copia de la edición de Argote de Molina citada.

(3) *Discursos* XXIV y XXV.

calificados como mejores, pero es que de todos ellos no ve sino las mas puras calidades del ingenio conceptuoso. Con todo no se entrega sin reservas a su elogio. Ponderando en otro lugar una ingeniosidad de Góngora, estampa esta frase tan concisa y preñada como suya: «la correspondencia del nombre, *y algo más...*» Es verdaderamente revelador este inciso: Gracián ve que no todo el encanto del ejemplo reside en la sutileza que pondera. Ese *algo más* es el espíritu, la efusión lírica que da a los versos eficacia: ese *algo más* es la pasión que no encontraba en los insulsos y *fríos* poetas del Cancionero General.

Conocido es el pasaje en que llama a Lope de Rueda (siguiendo a Juan Rufo) «inimitable y prodigioso varón». Fue el teatro género que parece debió interesarle. Al tratar de sus juicios sobre el otro Lope notaremos los que formara de nuestra escena. Aquí diré de pasada que cuenta como gran triunfo del ingenio el argumento de la comedia de el de Rueda *Discordia y cuestión de amor*. Esta pieza solo se conocía por la referencia de Gracián, hasta que en 1902 la publicó el Marqués de Laurencin en la *Revista de Archivos,* transcrita de un ejemplar, hasta hoy único, hallado en París por el propio Marqués.

Los grandes líricos del XVI no movían excesivamente su entusiasmo. Los adjetivos que les prodiga mas parecen tópicos o frases hechas, que expresión de una verdadera valoración crítica, cuando no son abiertamente contrarios a las calidades que ha depurado el tiempo en sus obras.

A Garcilaso le llama «celebrado», o añade: «baste su nombre para su elogio», encomios si altos no expresivos de lo que pudiera sentir de tan gran poeta.

En Fray Luis de León, a vuelta de llamarle «docto y grave», tropezamos con el calificativo de «ingenioso», que hoy no puede menos de parecernos muy impropio. La serena y solemne vena, exenta de afectación del gran poeta, no debió ser comprendida por el incondicional admirador de Góngora y de Marín. Esto mismo prueban los ejemplos que aduce no recomendables ni por lo excelentes ni por lo significativos dentro de la obra del poeta.

Con mejor sentido habla del gran sonetista don Juan de Arguijo que en el final, algo enamorado e ingenioso de muchos de sus sonetos, había de agradar la vena conceptista de Gracián. Llámale uno de los grandes ingenios de España, que atiende más a la profundidad y gravedad del concepto, que a la verbosa altanería, y sin otro párrafo la califica de «moral y sentencioso». El grave fondo de sus versos y y la sobria concisión del estilo están perfectamente caracterizadas.

Con el adjetivo preciso dió para unirle siempre al nombre de Jorge de Montemayor: «afectuoso» le dice cuantas veces le cita.

Una de sus grandes admiraciones fué Juan Rufo el famoso Jurado de Córdoba, de quien multiplica los ejemplos, no tomados de su mayor poema sino de *Los seiscientos apotegmas* del que afirma «es uno

de los libros del buen gusto», y de sus poesías sueltas. Si no del buen gusto es aquel uno de los libros más jugosos y de las misceláneas más sabrosas que conservamos de aquel tiempo de los Zapatas y Timonedas, tan fecundo en el género. Es libro muy digno de reimpresión, y según creo a esta conveniencia atiende en la actualidad un cultísimo consocio nuestro conocido de todos como reciente y adecuado ilustrador de un interesantísimo *Epistolario*. Los prontos e ingeniosidades de Rufo parecíanle bonísimos a Gracián y únicas para ejemplos que prodiga. Para él agota los elogios con agudeza que no desmerece de la del ingenioso Jurado. Dícele «el pronto, el agudo, el fino, el gran benemérito de la agudeza, el Jurado de Córdova, aquel que juró de agudo», entre otros mil elogios y calificativos semejantes.

Espíritu tan comprensivo no podía menos de encontrar en Lope aspectos elogiosos. Fijándose en el de dramaturgo escribe las siguientes palabras justas y que acaso hoy parezcan juicio definitivo de una cara de su obra: «Lope de Vega con su fertilidad y abundancia hubiera sido más perfecto si no hubiera sido tan copioso; flaquea a veces el estilo y aún las trazas tiene gran propiedad en los personajes especialmente en los plebeyos; en las fábulas morales mereció alabanza como aquella de *El villano en su rincón*, *Con su pan se lo coma*, *La dama boba*, *Los melindres de Belisa*, y fué excelente *El Domine Lucas*.» Hoy los ejemplos nos parecen menos significativos de la manera de Lope que del mismo crítico de Gracián, y el elogio frío y falto de entusiasmo. Más efusivo y justo es este de otro aspecto de la obra enorme del Fénix: «Lope de Vega en lo cómico sin duda excedió a todos los españoles, si no en lo limado, en lo gustoso y en lo inventivo, en lo copioso y en lo propio». He aquí otros dos pasajes en que la preocupación conceptista y su vocación sentenciosa y moralizadora le hacen destacar calidades de la obra de Lope que a los ojos de más independiente crítica no han prevalecido. «Fué eminente Lope de Vega no sólo en lo fecundo sino en lo conceptuoso» y en otro lugar; «el universal Lope de Vega que no olvida toda manera de erudición para la moral enseñanza...»

El entusiasmo que parece falta en estas notas críticas le compensa con los adjetivos a que siempre une su nombre; «célebre, plausible, prodigioso».

He aquí el notable pasaje, en que expone su opinión sobre nuestro teatro del siglo de oro, que más arriba prometí transcribir. «El Doctor Juan Pérez de Montalván realzó más el estilo (viene hablando de Lope); tiene eminencia en los afectos; cometió algunas impropiedades. Pedro de Avila fué feliz en las trazas; pero aquella de *Las fullerías de amor* fué la más plausible que se ha oído. *La fuerza de la costumbre* de D. Guillén de Castro por la bizarría del verso, y por la invención merece el inmortal laurel, así como *La dama duende* de Calderón y *Casa con dos puertas*. Pero quien llegó a lo sumo de la perfección en

estos asuntos del ingenio, fueron el conceptuoso Villayzán, y el sentencioso Mendoza; parece que no se puede decir más de lo que ambos dijeron, ni llegar a más bizarría del verso, preñez de estilo, profundidad de concepto, gravedad de sentencias, invención de enredo; especialmente aquel en la que intituló *Ofender con las finezas* y este, *El marido hace mujer*. Más unas y otras y todas callen delante del pastor Fido, del Fénix de Italia, el caballero Guarino». Interés único tiene este pasaje para penetrar en el gusto no ya de Gracián sino de todos los cultos de su tiempo. El significativo olvido de los más grandes dramaturgos, la elevación de Villayzán y D. Antonio de Mendoza sobre todos, y el incondicional elogio del Guarino como lógico remate, son trazos vigorosos y definitivos del semblante crítico del gran escritor aragonés.

La templada vena moralista de los hermanos Aryensola, especialmente de Bartolomé, y el entusiasmo de paisano y de amigo, hace que les coloque en la cumbre de su estimación y designe como «el non plus ultra del Parnaso» Llama a Lupercio «dulcísimo y filósofo de los poetas», pero de quien hace más circunstanciada mención y da más interesantes noticias es de Bartolomé, con quien le unió sin duda sincera amistad. Los juicios que a continuación copio forman un retrato, en el que poco o nada, tendría que retocar la crítica posterior, del amable Rector de Villahermosa. «Aquel gran filósofo en el verso Bartolomé Leonardo, en quien compitieron lo ingenioso y lo prudente...» «Es de celebrar en este gran poeta la facilidad de sus números que en la prosa misma parece que no pudiera hablar con menos violencia: era señor del decir.» «En las ponderaciones fue estremado, fue único... imitador en esto del antiguo Horacio.» «Era gran ponderador este poeta y asi son tan preñadas sus palabras; pues oírselas a él era tanta fruición, porque les daba mucha alma. Frecuenté su museo, y cada vez admiraba más su profundidad, su seriedad: él era una Oráculo en verso.» «Todos los sonetos de Bartolomé Leonardo están llenos de profundidad. Filosofaba en el verso este grave y profundo ingenio: tiene muchos muy acertados, pero en las epistolas estuvo su mayor eminencia, como en los tercetos...» Nada hay que añadir a estos rasgos: los juicios dentro de la amistosa efusión son justos, exactos.

Llegamos con esto a la consideración del gran poeta que fue predilecto de Gracián, en cuya ponderación agotó los más acendrados elogios, cuyos versos «compuestos de las mismas arenas de oro del Hipocrene» propone reiteradamente como modelo.

Admiró Gracián a Góngora íntegramente, sin distingos de épocas ni maneras, criterio este tradicional de juzgarle. Engañosas son las apariencias y en Góngora éstas han desviado la crítica y esterilizado los juicios de sus más conspicuos cultivadores. El deliberado y medidísimo primor con que está trabajada una letrilla, asiste con sus mismas calidades a los fragmentos más complicados del Polífemo, e idén-

tico desmayo toma su pluma en el panegírico del Duque de Lerma, que en cien romances clarísimos, en que, como ocurre con aquel grave tema, no da de sí la materia para mayores bellezas. Pero esto no es de este lugar, ni puede tratarse ligeramente. Baste aquí decir que Gracián puso sobre su cabeza, *Las Soledades* y *El Polifemo* y admiró el resto de la obra gongorina por añadidura. De el poeta dice que «fué cisne, fué águila. fué Fénix, en lo sonoro, en lo agudo y en lo extremado» «cisne en los concentos, águila en los conceptos, en toda especie de agudeza eminente, pero en esta de contraposiciones consistió el triunfo de su grande ingenio». En otro pasaje y como resumen de su admiración le llama «monstruo en todo». Secuela de esta incondicional adhesión es la menos justificada que manifestó hacia sus secuaces, el Conde de Villamediana quien «juntó lo sentencioso con lo crítico... y fué el único de nuestros tiempos en lo picante.» Ledesma «cuyas obras son un equívoco continuado... plausible en este género... quiso más, ser primero en él que segundo en otros», D. Antonio de Mendoza «por antonomasia el cisne cortesano» «el erudito y sazonado» Salas Barbadillo «el culto y aliñado» Hortensio.

Creo que esta nota suelta adquiría su verdadero relieve puesta en relación con otras que podrían hacerse con anteriores escritos, en especial de poemas laudatorios, tales como *El Canto de Galiope* de Cervantes, *El Laurel de Apolo* y *Las Epístolas* de Lope de Vega y otros en que no solo la amistad mueve las plumas, sino a veces en el matiz de un adjetivo, en el giro de un elogio asoma un conato de apreciación crítica.

Acaso intentemos esta labor otro día.

## Una nota a las "Rimas" de Querol

Cuando Vicente W. Querol publicó sus Rimas (1877), los pocos escritores de nota que saludaron su aparición,—Alarcón, Valera, Exart,—notaron el valor de unas pocas poesías de ellas,—«A la muerte de mi hermana Adela», «En Nochebuena», «Carta a mis hermanas», «Ausente», «A un árbol», «Oración ante un Ecce Homo», —en que vertiera el poeta los más castos y acendrados afectos familiares, los que en su vida llenaron su apetencia sentimental.

Pasó el tiempo y esto se olvidó. Triunfó Núñez de Arce y tuvo escuela, y como en ella encajaban las más aparatosas poesías de Querol, estas fueron las que dieron los trazos de su fisonomía literaria, y así vino a quedar el poeta definitivamente emparentado con Quintana, de cuya rozagante y libre estrofa usara en las poesías de aparato, y con Núñez de Arce, el poeta que quiso dar a las musas representación parlamentaria.

Legítimo es este entronque, pero siempre quedarán a su margen esas y otras sencillas poesías, purísimamente líricas, reflejo de la mejor